

WOLFGANG SÜTZL

# Sobre “la paz imperfecta”<sup>1</sup>

*En este artículo se presenta una aproximación filosófica a diversos conceptos de paz: paz imperfecta, paz de la gente, paz común, etc. En diálogo con el pensamiento de Gianni Vattimo (y su interpretación de Martin Heidegger), el autor apela a un entendimiento de la paz de un modo posmetafísico, lo cual implica pensar la paz más como un evento que pasa que como un estado que se puede apropiar. Sobre esta base, se esbozan algunas tareas y orientaciones posibles para la investigación acerca de temas de paz.*

Por fin ha llegado la paz imperfecta. Por fin la paz se ha liberado de este peso de la utopía, de esta culpabilidad perpetua que sentíamos ante nuestros fracasados intentos, muchas veces violentos, de construir la paz perfecta de una vez y para siempre. Y por fin la creatividad, el placer y la alegría pueden ocupar un lugar que antes era una posesión exclusiva de la seriedad de la razón matemática y de los gestos solemnes de una moral que nos exigía la perfección. Distanciarse de este gran proyecto de una paz perfecta, de un reino de Dios secularizado, nos permite, finalmente, vivir, pensar y apreciar la paz más allá de las grandes construcciones. Lo difícil será reunir la atención y la paciencia que necesitamos para apreciar esta paz y para dejar a un lado la caja de herramientas que solemos emplear para la construcción de la gran paz universal. La paz imperfecta es una paz que apenas ha llegado a la palabra en una historia de Occidente escrita como una historia de guerras, en la que la paz suele figurar como paz contratada a consecuencia de una guerra, como gran puesta en escena de la buena voluntad que al final no es otra cosa que el eco de la batalla. Detrás de estas ruidosas puestas en escena de la violencia y de la buena voluntad, hay una paz que ha existido siempre, que sub-

Wolfgang Sützl fue secretario general del Centro Europeo de Estudios de la Paz de Stadtschlaining, Austria. Actualmente es profesor de Estudios de la Paz en la Universidad Jaime I, Castellón, y en la Universidad Autónoma del Estado de Toluca, México.

---

<sup>1</sup> Comentario sobre el artículo “La paz imperfecta: apuntes para la reconstrucción del pensamiento ‘pacifista’”, de Francisco A. Muñoz, publicado en *Papeles de Cuestiones Internacionales* N° 65, 1998 (pp.11-144).

siste hasta en la guerra, una paz que Ivan Illich ha llamado la paz común o "paz de la gente".<sup>2</sup>

La paz imperfecta, entendida de esta manera, no puede *llegar*, precisamente porque ha existido siempre, desde el origen de la humanidad, como afirma Francisco Muñoz. La paz común, entendida como paz imperfecta, tampoco puede *llegar*, porque la llegada misma supone un cumplimiento y con este una recaída a la perfección. La paz imperfecta sólo puede *pasar*, como ha pasado siempre, y como está pasando ahora. Por ello pienso que una nueva tarea para la investigación sobre la paz consiste en abrirse al arte y las humanidades, para crear una sensibilidad para esta paz que se encuentra detrás de los grandes escenarios de la historia bélica, detrás de los grandes planes y visiones.

Sin embargo, para evitar que la creación de esta sensibilidad hacia aquello que por su silencio y su carácter común y poco espectacular es entendido como la recreación de un estado virgen o arcaico, como una zona protegida de la técnica moderna, pienso que es necesario dar un significado filosófico concreto a la paz imperfecta como paz *posmetafísica*. Como tal, la paz imperfecta sería la superación —en el sentido heideggeriano de *Verwindung* (remisión)<sup>3</sup>— de la paz grande y violenta de la metafísica, que no es otra cosa que la paz de la historia bélica, la paz de la victoria o de la derrota, la paz como eco de la batalla.

Para poder dar este significado de posmetafísico a la paz imperfecta podemos recurrir a la obra de Gianni Vattimo y su interpretación de Heidegger, según la cual, por una parte, el pensamiento metafísico ha actuado históricamente como enmascaramiento de la violencia y, por otra, se cumple y comienza su superación en la técnica moderna. Esta interpretación está fundada en la idea heideggeriana de *Ser y Tiempo*, según la cual la característica principal del pensamiento metafísico es la definición del ser como *Dasein*, como "ente", es decir, como lo presente.

En cuestiones de paz, el pensamiento metafísico ha procurado la apropiación de un estado ahistórico de paz —la paz eterna y universal— una apropiación que en este siglo se ha centrado en la técnica moderna, entendida como cumplimiento de la actividad de objetivar y ordenar y controlar de la metafísica. Pensar la paz más allá de la metafísica significa, por tanto, pensar la paz como *evento* que *pasa* más que un estado que se puede apropiar. Si pensamos la paz de esta manera, ya no tenemos que considerar la imperfección como un estado lamentable, una perfección "subdesarrollada" a la que hay que aplicar todo el conocimiento técnico de los expertos; sino que podemos entender esta imperfección como una manifestación

---

<sup>2</sup> Ivan Illich, "Desvincular el desarrollo y la paz". En J. Mortiz (ed.), *Alternativas II*, Plañeta, México, 1988 (pp. 165-178).

<sup>3</sup> Para una discusión detallada del concepto de *Verwindung* como lo uso aquí véase Gianni Vattimo, *La fine della modernità*, Garzanti Editore, Milán, 1985, cap. X (Hay traducción española: *El fin de la modernidad*. Traducido por Alberto L. Bixio. Gedisa, Barcelona, 1997). Vattimo entiende como *Verwindung* una superación más allá de la dialéctica, "algo que es análogo a la *Überwindung* la superación o rebasamiento pero que se distingue de ésta porque no tiene nada de la *Aufhebung* dialéctica ni del 'dejar atrás' que caracteriza la relación con un pasado que ya no tiene nada que decirnos". (Edición española, p.145).

de lo que Vattimo denomina el “carácter eventual del ser”. De esta manera, las oportunidades pacíficas que ofrece la imperfección empiezan a ser visibles (o audibles).

La división de la realidad en problemas y sus soluciones es un rasgo fundamental del pensamiento metafísico en la época de la técnica moderna. Sin embargo, la propia tecnificación y la aceleración que supone hacen de la fugacidad cada vez más una experiencia diaria, y las “soluciones” a gran estilo se vuelven cada vez más costosas, difíciles y violentas. Este planteamiento metafísico, el esfuerzo de asegurar la paz universal mediante la técnica moderna (universal) nos ha dejado con un monstruoso arsenal de armas que no por casualidad incorpora todos los *grandes inventos* de la técnica moderna. Sin embargo, la promesa de control y estabilidad –de seguridad– parece cada vez más violenta y arrogante en el mundo contemporáneo, en el que el movimiento rápido de la técnica hace que las soluciones de hoy puedan terminar en la violencia de mañana y la paz construida de hoy, en la guerra de mañana.

Desde la perspectiva de la metafísica, cualquier imperfección es un estado lamentable capaz de poner en marcha las fuerzas armadas especializadas de las que disponen las sociedades modernas para encontrar y corregir sus propios defectos e irregularidades, tanto como las irregularidades que interfieren con su visión totalizadora de la paz, con sus recetas universales de paz, como son el desarrollo y la imposición global de una visión etnocéntrica de “los” derechos humanos. Este movimiento de las sociedades modernas contra aquello que no sea como ellas, aquello que se resista a ser como ellas, o que se niegue a aspirar a ser como ellas, todo aquello que no hable su idioma y, por tanto, no pueda entender sus mensajes, se encuentra perfectamente enmascarado detrás de un discurso liberal, bueno y racional. En este discurso, lo irregular, lo extraño, no existe, es silencioso hasta el momento de aprender a hablar el idioma de las sociedades modernas, momento que coincide con el fin de su estado extraño. Una paz entendida de este modo metafísico es la paz bélica, una especie de guerra perpetua que ha logrado dejar atrás la imagen tradicional sangrienta y brutal de la guerra y la ha sustituido por la consideración como normal o hasta deseable de un alto grado de violencia.

Ahora bien, si consideramos la imperfección de la paz no como un estado lamentable que hay que rectificar incrementando el conocimiento técnico, con el fin de superar algún día esta imperfección, nos encontramos con una visión muy distinta de lo que es la paz: efectivamente, nos encontramos con una paz que ya no es seguridad, en el sentido de que la paz puede ser una estructura estable y perdurable incapaz de ser derrumbada.

Para concretar el significado de estas oportunidades pacíficas de la paz imperfecta tenemos que determinar la imperfección como aquello que es producto del movimiento; esto es, de aquel estado indeterminable, ambivalente, vulnerable, que representa la falta de coordenadas estables. Esta ambivalencia del movimiento es la falta de correspondencia completa, es intraducibilidad, es el juego entre aquello que ya no es y aquello que no es todavía. Este juego, esta ambivalencia, es el lugar que ocupa la paz común en nuestro lugar y nuestra época.

Para Gianni Vattimo, la metafísica, la visión del mundo que procura encontrar y asegurar fundamentos ulteriores y estables para el ser, se encuentra en su esta-

*La división de la realidad en problemas y sus soluciones es un rasgo fundamental del pensamiento metafísico en la época de la técnica moderna.*

do más avanzado en la técnica moderna y su proyecto de ordenar el mundo en una estructura predecible, que sigue leyes inmutables de cuya observación depende el éxito de la técnica. La aceleración de la técnica se debe al trabajo socavador que ejerce esta misma sobre los fundamentos del pensamiento, ya que el fundamento ulterior al que se podría referir el cambio tecnológico deviene innecesario, extraño, embarazoso en el mundo moderno. Esto se corresponde con aquello que Nietzsche llamó el Dios muerto. A partir de aquí ya no hay meta ni dirección clara –la tan lamentada falta de visiones de la política– y el único movimiento que es posible es el que se da hacia adelante. El fundamento se desestabiliza y se desestabiliza más con cada intento de estabilizarlo en la técnica.

Hacer las paces con la imperfección de la paz puede ser un paso liberador, más allá de este círculo vertiginoso y peligroso, un paso liberador que supone la única liberación posible en la época de la metafísica cumplida, la liberación de la violencia. Esta liberación puede suceder precisamente en la inestabilidad, la velocidad, la ambivalencia que encontramos por todas partes en las sociedades modernas, ya que los intentos técnicos de crear estabilidad (esto es: seguridad) atacan sus propios fundamentos; la metafísica emprende su descenso cuando llega a su más alto punto de aceleración. Las determinaciones metafísicas del ser (sujeto-objeto, teoría-práctica, paz-guerra, civil-militar, etc.) se debilitan, y con ellas, las máscaras del poder y la violencia de los grandes proyectos se ven con mayor claridad.

Si este entendimiento posmetafísico de la paz imperfecta se toma en serio, no cabe ningún proyecto nuevo para aprovechar estas nuevas oportunidades de manera sistemática. La propia imperfección es, desde la perspectiva metafísica, el espacio de la paz común de Illich a la que hicimos referencia.

Sin embargo, hay que resistir la tentación de ver estas paces silenciosas que componen la historia de la paz como algo arcaico, como algún estado original (y por tanto ahistórico, esto es, perfecto) perdido en la tecnificación y la modernización, estado que hay que reapropiarse, emprendiendo, por ejemplo, un viaje a las culturas no-occidentales, o escribir una historia de la paz como una historia de algo perdido, una historia nostálgica. Antes bien, hay que aprender a prestar atención a este silencio de la paz común en nuestra propia época, sin pensar que al conseguirlo encontramos una “solución”, porque nuestra época y nuestro lugar son tales que cualquier intento de gran solución requiere que se vuelva en contra de su propio propósito. Nuestro lugar ya no es un lugar fuerte y definible de lo arcaico, nuestro lugar se encuentra en este juego de ambivalencias e incertidumbres que se produce en la constante aceleración de la técnica moderna. Por tanto, la atención a la paz común en nuestro lugar no es ningún “proyecto” que requiera el desmantelamiento de la técnica o una lucha humanista contra la tecnificación.

Encontrar un lugar concreto en la aceleración de la técnica parece ser una empresa difícil, ya que la aceleración supone la negación del lugar, y la permanente fuga hacia adelante que ha creado un espacio virtual sin localidades determinables. La técnica adquiere así cada vez más el carácter de una técnica de comunicación. Vattimo habla de posibilidades de emancipación en las sociedades de comunicación generalizada, ya que su movimiento rápido hace que la fuerza de la técnica misma sea más vulnerable, que el “realismo” que se funda en la fac-

tibilidad de la técnica sea cada vez menos “real”. Posiblemente la visión siniestra de Orwell y Huxley deban servir de advertencias acerca de algo que siempre es posible, pero posible y no necesario, tanto como una paz común que consiste en un actuar pacífico, no contra la técnica, sino en la técnica moderna.

En la técnica de comunicación, es precisamente la falta de definición de lugar lo que le da una nueva importancia y libertad al lugar histórico. Vattimo habla de una liberación de dialectos, de darse cuenta de ser un dialecto entre muchos, y de la erosión del “sentido de la realidad”.<sup>4</sup> Es la propia velocidad de la técnica de comunicación la que puede actuar como freno de un totalitarismo razonable y democrático de la técnica (aquello que temía Marcuse), en el momento en que se pierde la fe en la perfección, y se aprende a ver las hendiduras y aperturas que aparecen como “juego” en el movimiento de la técnica. En esta necesaria “imperfección” de la técnica, cada vez más frecuente en la aceleración, se puede ver también un nuevo potencial para una paz liberadora y anarquista, una paz imperfecta y por ende sin definición.

La insistencia en la perfección, con su permanente necesidad de desesperadas soluciones técnicas a gran estilo, nos oculta este potencial. Por ello, el pensamiento pacífico debe ser un pensamiento contra-perfeccionista, un pensamiento que desde una perspectiva perfeccionista se considerará contaminante, molesto. La paz, pensada de esta manera, acercará la investigación sobre la paz a las humanidades y el arte contemporáneo y la alejará del paradigma científico tradicional cuyos vínculos con el poder y con la violencia fueron una de las razones por las que la investigación para la paz, en su origen, se comprendía como interdisciplinaria.

El reconocimiento de la imperfección de la paz, entonces, puede ser una apreciación de la misma, una gaya aceptación de las limitaciones de su construcción y, por tanto, un rechazo de todas las posiciones fundamentalistas. En esta comprensión de la paz imperfecta se junta lo artístico con lo pragmático y lo tradicional con la técnica moderna, sin la creación de algo completamente nuevo. La paz común a la que nos hemos referido al principio de este comentario no necesita ser reinventada. Lo que nos hace falta es desarrollar nuestra capacidad de ver y oír los lugares opacos y silenciosos de la historia. Que esto no se conseguirá sin un distanciamiento irónico –no la negación– de la gran paz de la construcción debe considerarse una buena noticia para una investigación sobre la paz que debe aprender que los sentimientos de culpabilidad, la solemnidad y la falta de humor no son características pacíficas. De este modo, hacer las paces con la imperfección puede liberar la investigación para la paz de sus pesadas cargas morales y abrir sus ojos para una paz que no necesita ser investigada ni construida y que no es ninguna expiación para las guerras, una nueva “paz positiva” más allá del hombre bueno...

---

<sup>4</sup> Gianni Vattimo, *La società trasparente*, Garzanti Editore, Milán, 1989 (Hay traducción española: *La sociedad transparente*. Paidós, Barcelona, 1994, pp. 82ss.).